

## 054. La Madre de la unidad

¿Cuál es una de las mayores ilusiones de la Iglesia de hoy?... Podríamos quitar eso de *una de las mayores*, y decir, sin más, *la mayor ilusión* de la Iglesia en nuestros días. **Es la unión de todos los cristianos.**

La Iglesia se ha empeñado, bajo el impulso del Espíritu Santo, en acabar con la escisión dentro de la Iglesia. Eso de *Católicos, Ortodoxos y Protestantes*, debe quedar lejos de una vez para siempre. Si todos estamos bautizados en Cristo, ¿por qué hemos de dividir a Cristo? Si todos somos de Cristo, ¿por qué no hemos de amarnos todos en Cristo? Si Cristo pidió al Padre, antes de morir: *Que todos sean uno* (Juan 17,11), ¿por qué nos hemos empeñado nosotros en ser *varios*?...

Todos los cristianos de las Iglesias tradicionales —no hablamos nada de las sectas modernas— estamos de acuerdo en esta aspiración. Queremos la unidad. Buscamos la unidad. Nos empeñamos en la unidad. Y sabemos que el Espíritu Santo —por caminos difíciles y lentos, pero seguros— nos dará un día el regalo espléndido que tanto nos ilusiona, porque, como nos dice el Concilio, *el Espíritu suscita en todos los discípulos de Cristo deseo y acción para que, del modo establecido por Cristo, se unan en un solo rebaño bajo un solo pastor.*

Pero al querer hablar hoy de este tema tan entrañado del *ecumenismo*, lo queremos hacer bajo la mirada de María, la Madre de la Iglesia. Entre las nuevas Misas en honor de la Virgen, hay una con este título tan sugestivo: *María Virgen, Madre de la unidad*. Y nos preguntamos: ¿Tiene que ver algo la Virgen con la unión de los cristianos?...

Jesucristo se escogió y se hizo de una Madre que, por ser Madre y Virgen a la vez, fuera imagen viviente de la Iglesia, única e indivisa esposa de Cristo.

Al comienzo de los Hechos de los Apóstoles, vemos a María en el cenáculo constituida en centro natural, entorno al cual se reúnen todos los que forman la Iglesia naciente. María está allí alentando la oración y la unión de los discípulos mientras esperan la venida del Espíritu Santo.

¡La Madre-Virgen, imagen de la Iglesia, uniendo junto a sí la única Iglesia de su Hijo Jesús!...

Con los hermanos separados tenemos ciertamente puntos de divergencia en varias cuestiones de fe y de los ministerios. Pero, ¿cómo no vemos —pues es lo que nos interesa ahora— lo que nos une con ellos respecto de la Virgen María.

Todos los cristianos, seamos de la confesión que seamos, estamos acordes en que María es la Madre del Señor Jesús, y, por lo mismo, es la Madre de Dios. ¿Nos costará mucho entonces admitir que Dios la colmó de gracia y de sus más grandes favores?...

Todos los cristianos, seamos de la confesión que seamos, estamos acordes en que María estuvo al pie de la cruz y de que el Señor Jesús le encomendó la Iglesia, representada en Juan, y que en Juan nos encomendó su Madre a toda la Iglesia. ¿Nos costará mucho entonces admitir la devoción tierna a María dentro de todas las Iglesias?...

Todos los cristianos, seamos de la confesión que seamos, estamos acordes en que María encargó a los sirvientes de Caná: *Haced lo que él os diga*. Y sabemos que Juan,

en todo su Evangelio, toma a los diversos personajes como símbolo de la doctrina. Y en este caso de la boda, concretamente, nos muestra a María como la primera evangelizadora de Jesús, y nos dice que su misión es llevarnos a la doctrina, a la verdad y a la Persona de Jesús. ¿Nos costará mucho entonces admitir a María en toda nuestra actividad dentro de la Iglesia?...

Ya que todos miramos a María como Madre del Señor Jesús y como Madre nuestra —pues así la declaró Jesús desde la Cruz—, no es extraño que todas las Iglesias cristianas sientan el amor a María y que este amor sea un lazo que a todos nos una. Los hermanos Orientales, desde luego, tienen a María una devoción tan entrañada como los católicos. Y las Iglesias protestantes, que en un principio rechazaron el culto y devoción a la Virgen, ahora están sintiendo verdaderas ansias por volver al amor a María.

Se hizo célebre lo que publicó un periódico alemán hace muchos años, y es un párrafo que todavía se repite hoy. Escribía aquel pastor protestante luterano:

\* “La Iglesia Evangélica es demasiado fría. Tiene necesidad de calor. ¿Quién se lo podrá comunicar? Es mi convicción que debemos volver a nuestra Madre María. Y Ella, la cara y bendita Madre de Dios, infundirá también calor a nuestra Iglesia. Sí, nos falta María. Entonces florecerán en nuestros labios las canciones de la Virgen, bellas como rayo de luna, puras como gotas de rocío; entonces adornaremos de nuevo nuestras iglesias con las flores del campo, con las hojas de los bosques... Entonces surgirá Ella en nuestros corazones más radiante que nunca en su pobreza y en su pureza... Y nosotros celebraremos la fiesta de la Visitación, porque la Virgen habrá regresado a nuestras iglesias... Y entonces, ¿quién sabe?, aquellos que se marcharon de entre nosotros, volverán... A nosotros nos falta María. ¡Oh, sí, volvamos a nuestra Madre María!” (*Jungnickel, Berlín, 1919*)

Un escrito como éste abre el corazón a todas las esperanzas.

La Madre no puede ser causa de división entre los hijos.

María solamente puede causar una feliz división —¡y ojalá un día la cause!—, como podría ser la rivalidad por ver quién ama más a la Virgen, la Madre de Jesús y la Madre nuestra. Bien se lo habría merecido María, por haber contribuido Ella, más que nadie, a la unión de todas las Iglesias.

Si es la *Madre de la unidad*, ¿por qué no va ser así?...